

## RAFAEL AGUAYO SPENCER

Nació en México, D. F., el 17 de agosto de 1914, y ahí falleció el 16 de febrero de 1982.

Abogado, periodista, historiador. Escritor de limpia y ágil pluma. Ha cultivado de preferencia los temas relativos a la historia michoacana. Tuvo a su cargo la edición de las obras completas de Lucas Alamán. Ha traducido numerosos libros de historia y derecho.

Ha escrito: *Don Vasco de Quiroga* (1940); *Siluetas michoacanas* (1941); *Catálogo de la Exposición del Libro mexicano* (1946); *Las relaciones jurídicas de Vitoria* (1947); *Índice general onomástico de las obras de Lucas Alamán* (1948); *La ley de las naciones* (1950); *Nuestra Señora de blanco* (1957); *Disertaciones* (1942).

Fuente: Rafael Aguayo Spencer. *Siluetas michoacanas. Cinco ensayos*. Nota preliminar de Efraín González Luna. México, A. del Bosque, impresor, 1941. 137 p. Il. p. 73-93.

### FRAY ALONSO DE LA VERACRUZ

Y esta vez, el drama íntimo de la vocación de un hombre, se resuelve en alta mar, camino de las Indias. La dura batalla se inició en la ciudad de Salamanca.

Un fraile descalzo, venido de la América lejana, expone sus proyectos al doctor don Alonso Gutiérrez.

Es miserable el aspecto del pobre monje: el hábito raído, los pies descalzos, el rostro quemado por el sol, hablan de la dureza de la vida y de las terribles privaciones.

Contempla con deleite el doctor las comodidades que le rodean.

Es muy joven y tiene ya el cargo de Maestro de Artes; el duque del Infantado, poderoso príncipe, le nombró ayo de sus hijos; su preparación solidísima, las dotes de su inteligencia, su amor al estudio, le aseguran brillante posición. No hay temor que pueda asaltar a don Alonso. Es muy halagüeño su porvenir.

La imaginación, volando libremente, hace más vivos los contrastes; acoge con benigna sonrisa los proyectos del hambriento fraile que sueña con fundar un noviciado en tierras donde no se extingue aún la barbarie.

Aprueba don Alonso y alentado el fraile por la atención

benévola, deja caer, lentamente, con terrible gravedad, las palabras: ha escogido al doctor para que vaya a México por maestro de novicios.

El asombro deja mudo al catedrático; intenta rehusar. En vano. El misionero suavemente le va reduciendo, mientras el corazón del universitario se aficiona con la idea y conforme hablaban "de la materia, se le iba apoderando del corazón, de tal manera que vino a hacer voluntariamente lo que su entendimiento condenaba y lo que siempre juzgó por yerro manifiesto".

De este modo, sin poder casi pensarlo, renuncia el maestro a sus proyectos de brillo mundano.

Comprende, en el fondo de su corazón, que ha realizado el negocio más brillante de su vida; pero aún tiembla la carne ante la idea de un futuro lleno de pobreza y trabajos, oscuro como las selvas de la tierra a la cual se dirige.

Mas una decisión enérgica, heroica, de la voluntad, le hace abandonar casa, patria, medio cultural y embarcarse en Sevilla, con el monje descalzo. Viene a explicar, prácticamente, el más hondo de los problemas que puedan plantearse ante la humana inteligencia: la redención de las almas.

Y ya en el barco, sosegado el espíritu que antes se distraía con la preparación del viaje, experimenta la terrible impresión del abandono.

Huyó de todo cuanto le ataba a la tierra: títulos, preeminencias, amigos, porvenir. Y nada obtiene en cambio de esta generosa renuncia; porque él no es, a pesar de todo, sino un extraño entre la familia de frailes que navegan ansiosos de encontrar almas para Cristo.

La vida del doctor es tan pura y humilde como la del más observante de los hijos de Agustín; y sin embargo, entre el maestro que viste arreos universitarios y el mendicante descalzo, ceñido con la parda estameña, hay enorme distancia.

Renunció a todo y no obtuvo en cambio la perfecta alegría. Roto queda el lazo que le ataba al mundo; no halló en su lugar el calor del consuelo divino.

En medio del camino infinito de la mar, medita gravemente estas cosas don Alonso. Apodérase de su alma la noche espesa, oscurísima. No hay luz que ilumine el camino erizado de peligros; la desnudez del espíritu es perfecta: el hombre queda solo, absolutamente solo, frente a sí mismo, ni aun puede siquiera oír la voz de Dios.

Nada le dice ahora la ciencia terrena, cuyos secretos posee; nada le responde la sabiduría del mundo que fuera su delicia. Es un problema que traspasa las fórmulas y la capacidad humanas.

Varios días lleva ya en este espantoso tormento, cuando una clara mañana oye una voz.

—Mi señor don Alonso —exclama a su lado fray Francisco de la Cruz, el monje que le arrebatara de sus tierras—: Generosamente dejó usted el mundo por salir a lugares de bárbaros, y sin embargo Dios no ha quedado satisfecho. Quiere no solamente la absoluta renuncia, sino la total entrega. Tome su señoría el hábito de los hijos de San Agustín y “se le seguirán grandes materias de merecimientos y a nuestra religión y a todo el reino, grandes comodidades.”

Poco necesita el sabio para renunciar al mundanal ruido; no obstante, como prudente, responde al fraile “que no siente en su alma aquellos fervores que hacen mudar de estado, y que, no sintiéndolos, no quisiera dar un paso precipitado”.

El coloquio prosigue sin violencias: “Quede usted con Dios, mi señor don Alonso, que yo bien sé que hará lo que le pido, sin que le valga esta fuga.”

Cayeron, al oír estas palabras, las vendas de los ojos que se “convirtieron en fuentes de lágrimas”. Otra vez se repite el milagro: desaparecen de la vista las escamas y accede rápidamente a tomar el hábito.

Lleno de intensa alegría, le prepara fray Francisco para vestir la jerga agustiniana.

Llegado apenas a las playas mexicanas, caen los arreos doctorales, desnúdase las plantas por vez primera, ciñe a su cuerpo la parda estameña y endurece los pies, antes finamente calzados, en las aguas salobres del mar de nuestro país.

Del doctor Alonso Gutiérrez, sólo queda la memoria.

Acaba de nacer fray Alonso de la Veracruz.

En Caspueñas, Toledo, nació en 1504, Alonso, hijo de Francisco Gutiérrez y de Leonor del mismo apellido, acaudalado matrimonio del lugar.

Al llegar a edad adecuada, le mandaron a la Universidad de Alcalá, donde estudió gramática y retórica, pasando luego a Salamanca, donde obtuvo el doctorado por las manos del genial maestro fray Francisco de Vitoria.

Apenas graduado, el duque del Infantado le nombra pre-

ceptor de sus hijos; obtiene al mismo tiempo el cargo de lector en la propia ciudad del Tormes.

Trabaja en sus ocupaciones, cuando se ve sorprendido por fray Francisco de la Cruz. Oye la proposición de abandonar la cátedra y pasa al Nuevo Mundo a cumplir con el destino que Dios le tiene reservado, tan grande, que le convertirá en el teólogo de las Indias.

Desembarca en Veracruz en 1536; permanece humildemente un año como novicio y al fin pronuncia los votos: "Yo, fray Alonso de la Veracruz, *facio professionem et promitto obedientiam vivere sine proprio et in castita secundum regulam Beati Patris Nostri Augustini, usque ad mortem.*"

Tan luego como hace la profesión, recibe el nombramiento de maestro de novicios; al poco tiempo sale para Tiripetío, donde empieza a formar a los discípulos en el duro oficio de misionero, que él, tan a su gusto, aceptara.

Tiripetío es hoy simbólica sombra del pasado.

El caminante que ansioso atisba entre los claros del paisaje, buscando las bellezas del lago; el viajero que regresa embriagado con el recuerdo de Pátzcuaro, no repara en las viejas piedras que a un lado del camino, por capricho casi, dibujan la silueta graciosa de un convento.

Apenas el erudito, para quien siempre son las ruinas evocador espectáculo, adivina que allí estuvo la célebre casa de estudios de la orden agustiniana, verdadera universidad sin erección formal.

Tiripetío, hoy campo desolado, tuvo hace ya muchos años importancia de capital.

Puerta de la Tierra Caliente, fue la base de operaciones para la misión agustina. Al asentarse en ella fray Alonso de la Veracruz, la eleva al rango de Atenas del Nuevo Mundo.

No bien trazada la población por fray Diego de Chávez y aún no terminado el estrecho convento, llega el maestro a tomar posesión del sitio, planta la primera biblioteca de las muchas que regaló a México y empieza, formalmente, el primer curso.

La igualdad esencial del género humano; el misterio de la redención; el amor que se renueva cotidianamente en el Dios eucarístico; el idéntico fin último a que son llamados todos los hombres; la nueva ley de caridad que renovara la faz de la tierra: los problemas palpitantes de la metafísica y de la teología, son aquí explicados con incomparable claridad.

La voz ardiente del convencido recalca muchas veces un principio indispensable en tierras de misión: ni griegos ni romanos ni judíos; ni bárbaros ni civilizados; las cualidades accidentales desaparecen frente al sacrificio de la cruz que unió a los hombres con el lazo indestructible del amor.

El es el primero en dar ejemplo a los discípulos. Robando las horas al descanso, camina por los barrios para enseñar la palabra de vida.

Convierte en observatorio la región. Analiza las costumbres de los indígenas; estudia los ritos, la organización familiar y los hábitos políticos; aprende el idioma tarasco en el cual sobresale hasta ser el primer lengua.

Dueño de estos preciosos datos, entra en el laboratorio de su celda y en este clima propicio disecta con aguda percepción los intrincados laberintos de la psicología indígena: tendencias, aptitudes, capacidad intelectual.

Y así, en larga, paciente meditación, elabora la fecunda síntesis de la eterna verdad y la realidad mexicana.

Pone luego en práctica los principios elaborados: métodos de evangelización, construcción de pueblos y ciudades, establecimiento de escuelas, enseñanza de artes y oficios.

Hechos los ajustes necesarios, entra de lleno a la exposición sistemática de los resultados que obtuviera. Se convierte así en el teólogo de las misiones de cuya cátedra estuvieron pendientes sabios e ignorantes, súbditos y gobernadores.

Pronto corre la fama y las consultas empiezan a llegar de los más remotos lugares: de Puebla, de México, de Filipinas. No cumple aún cinco años en la tierra y ya se convirtió en el árbitro de las disputas.

Contento está el fraile en su cátedra, cuando el obispo don Vasco de Quiroga, teórico también de altos vuelos, le pone como gobernador del obispado, mientras hace un viaje a Trento.

Nueve meses dura la ausencia y durante nueve meses contempla Michoacán un espectáculo de la Alta Edad Media: la catedral convertida en claustro universitario, la cultura de salvación en toda su plenitud.

Al regreso del prelado vuelve fray Alonso al convento, donde le comunican una noticia: atravesando los mares, llegó la fama hasta los reales oídos del emperador Carlos V, quien, desde Alemania, le envía cédula por Obispo de León, Nicaragua.

Salía el maestro de la clase, cuando recibe el nombramiento imperial. Entérase del contenido y serenamente, sin que se altere su ánimo, exclama con el salmista: *ab ore leonis libera me Domine.*

Entra luego en la celda y escribe la respuesta: es la primera renuncia a una dignidad.

Concluye los tres años del curso formando innumerables y audaces obreros para los trabajos de roturación.

Entre los frutos más preciados que le da la cosecha, cuenta fray Alonso a un discípulo nativo, el hijo del Rey de Michoacán, que puso de relieve la capacidad de su raza para entender los más abstractos problemas de la metafísica.

Terminada la obra sale el padre maestro de Tiripetío, la ciudad hoy en ruinas, cuyas piedras se proyectan a la vera del camino como la sombra de un pasado glorioso.

Vuelve a México y el Capítulo le hace Definidor. Al poco tiempo, la ausencia del Provincial le coloca, por primera vez, en el puesto de Rector de la Provincia.

Se realiza entonces un cambio radical en el maestro: el hombre de gabinete se transforma en obrero infatigable que aumenta los operarios, extiende las misiones y funda nuevos conventos.

Finalizado su período, se dirige a Tacámbaro como prior, lector de Artes y de Teología y cura de aquellas dilatadas regiones.

La dura comarca, refugio de la barbarie, se convierte en sede de la ciencia. Es el nuevo milagro que opera el fraile prodigioso.

Empieza por colocar allí otra biblioteca, obra necesaria para enseñar a los alumnos el amor al estudio y obtener fruto de los esfuerzos.

Cuatro veces al día explica las lecciones. Con su proverbial facilidad sigue exponiendo los principios de la teología tomista, adaptándolos a las necesidades de la tierra: gobierno, familia, moral individual, todas las cuestiones que afectan a la vida humana, son allí tratadas con admirable claridad.

Pero no sólo se concreta a formar celosos y hábiles misioneros. También inculca en sus discípulos el amor a la cultura y la curiosidad intelectual. Lector infatigable, apenas tiene noticia de un libro o de una dificultad nuevos, reúne a los alumnos, les propone los problemas y no descansa hasta encontrar la respuesta satisfactoria.

Y era tenida en tanto su capacidad, que los teólogos del reino buscaban afanosamente las soluciones del fraile agustino.

En las pascuas, días de asueto y vacaciones, toma el camino de la sierra y prácticamente muestra a los discípulos la manera de predicar las doctrinas que les enseñaba.

Grande ha de haber sido el asombro de los indios al contemplar el rostro iluminado del sabio.

Encendida su alma por el celo apostólico, se convierte casi en idiota para ser entendido de los ignorantes; él, que antes elevaba su lenguaje exponiendo las conclusiones más altas de la sabiduría humana, se transforma ahora en niño que habla rudo e incierto idioma que sólo puede entender la mentalidad primitiva de su auditorio.

Y a pesar de que su alma generosa obtiene placeres inefables en esta labor redentora, el instinto certero del pedagogo le dice que la multiplicidad en el trabajo es perjudicial para la preparación de los jóvenes.

Por esto, en cuanto logra suficiente número de ministros para la obra misional, renuncia al priorato y se retira a Atonilco, donde se entrega de lleno a la formación de misioneros.

Oye la admirada juventud las explicaciones profundas que por dos años dedica el fraile a Santo Tomás. La prodigiosa memoria del maestro, a menudo cita cuestiones enteras, sin olvidar ni una coma.

Concluido el trienio, asegurada la continuidad de la obra, meditada la fecunda síntesis y hechos carne los principios que dedujo de una realidad pacientemente observada, abandona para siempre a Michoacán, tomando el rumbo de México.

El Capítulo se encarga de ponerle en lugar donde ejercite sus grandes dotes de organizador teórico de la tierra.

Por segunda vez, obtiene el cargo supremo en esta Provincia Agustina de la Nueva España.

La dureza del trabajo, la enorme labor que se presenta para lo futuro, la miseria material y moral en que viven los nativos, lejos de causar desmayos en el ánimo del heroico maestro, le infunden bríos para seguir la obra.

Las dolencias atávicas del natural sólo pueden hallar eficaz remedio en el compasivo corazón del misionero. Unicamente el Evangelio hará el milagro de arrancar las bárbaras costumbres de los indios.

Médico diligente, otorga presto fray Alonso el auxilio. Pide a su gran amigo don Vasco pueblos para extender su provincia. El prelado, con regia liberalidad, le entrega Valladolid, Yuririapúndaro, Cuitzeo, Charo y Guango, lugares en donde se levantan hasta trece conventos, que son otros tantos focos de civilización en la región michoacana.

Aliviado su espíritu de esa preocupación, abandona por seis años el instituto agustino, para continuar las interrumpidas lecciones.

Al fundarse la Real y Pontificia Universidad, recibe invitación para formar entre el cuerpo de profesores. Incorpora el fraile su grado, del que ya iba perdiendo la memoria, y pasa a explicar las cátedras de Sagrada Escritura y Teología.

En el centro de la Nueva España, expone las ideas que elaboró en el curso de su vida misional.

Sostiene acaloradamente la aptitud plena del indio para convertirse en partícipe de los sacramentos de la confesión y eucaristía; la equidad y la justicia le llevan a sustentar la tesis de la exención del nativo en el pago de los diezmos; los problemas oscuros de la organización familiar, son aclarados con admirable precisión.

Y no son éstas, disputas teológicas sin importancia. En esta cátedra, en la que hablan el saber y la experiencia, tuvo su origen la nacionalidad mexicana.

Porque al dignificar al indígena, bárbaro e idólatra, por la confesión y la eucaristía; al exponer la doctrina de la familia cristiana, arranca el mestizaje de las fuerzas brutales de la biología para convertirlo en una cuestión moral.

Principios tajantes, soluciones audaces, espíritu exactamente atrevido. Estas son las características del sabio agustino.

Cuando se entera de las proposiciones por las cuales fue sometido a proceso fray Luis de León, es fama que dijo ante el claustro: "Pues a la buena verdad que pueden quemarme a mí si a él lo quemar, porque de la manera que lo dice, así lo siento yo."

Muy a su gusto, como quien vive en natural elemento, prosigue el padre en las ocupaciones universitarias, cuando la Provincia le llama a gobernar por tercera vez.

Poco tiempo lleva dirigiendo la nave de su religión, cuando se levanta en contra suya un gran vocerío por la doctrina contraria al pago de los diezmos.

Como esto entrañaba una disminución de la real hacienda,

el monarca mandó llamar a fray Alonso, queriendo oír de viva voz los argumentos del fraile, o más probablemente, con el fin de retenerlo en España para que no siguiera tratando la cuestión.

Salió para la Península, a entrevistarse con el monarca, el cual, según reza la fama, "le recibió serio, oyóle benigno y despidióle cariñosamente".

Habló el fraile con austera tranquilidad: el Papa, al conceder a los reyes castellanos preeminencias sobre las Indias, les impuso la obligación de evangelizar, corriendo la carga económica por cuenta de la corona.

Poco tiempo después, llegan a México cédulas reales que confirman la tesis de fray Alonso.

Aprovecha luego su estancia en España para editar el *Curso de Artes* que leyó en Tiripetío; el *Speculum Conjugiorum*, el *Appendix ad Speculum* y los *Sermones* del padre de los pobres, Santo Tomás de Villanueva.

Estaba convertido en procurador de la Nueva España, cuando el Capítulo de Castilla, al ver sus dotes brillantes y su estrecha observancia, decide nombrarle prior del convento de San Felipe de Madrid —el principal de la Provincia— y visitador y reformador de las casas del Reino de Toledo.

Desde entonces el Rey visita a menudo San Felipe, que se transforma prácticamente en sede del Consejo de Indias, pues don Juan de Ovando, el presidente del alto cuerpo, toma al padre por consejero y confesor.

Cuántas leyes, cuántas disposiciones habrán salido de los íntimos coloquios que el todopoderoso ministro y el fraile humilde sostuvieron en la celda estrecha de la casa agustina.

Las virtudes y la sabiduría del maestro obligan al rey a presentarle por Obispo de Michoacán. Se le envía la cédula y él, cortésmente, rechaza el nombramiento.

Piensa Ovando que fray Alonso juzga pequeña la diócesis para su persona y pide al monarca le nombre Obispo de Puebla. Le llevan la noticia y responde entonces vivamente: "No dejaría la jerga de mi hábito por cuantas cosas pudiera darme el mundo."

La humildad firme del maestro atrae la admiración del Presidente del Consejo. Como favor le pide al descalzo monje que señale persona capaz de ocupar la mitra vacante. Elige el misionero a fray Diego de Chávez.

Habiendo probado don Juan el despego de fray Alonso para

las dignidades, busca luego la forma de guardarle para sí. Propone al rey que le haga Comisario General de las Indias con jurisdicción sobre la Nueva España. Por enésima vez declina la investidura el fraile.

El ministro agradecido, viendo que falló el intento, no quiere que salga el padre maestro de España sin llevarse patente prueba de su estimación. Consigue que el general agustino le haga vicario de la Nueva España, Perú, Gran China y Filipinas, con toda la autoridad del jefe supremo de la Orden de San Agustín.

Por obediencia y a fin —dicen los biógrafos— de que teniendo en sí, ningún otro ambicionase estos oficios que consideraba dañosos por la pompa desplegada en las visitas, acepta el cargo que nunca renunció; pero teniendo tan alta comisión, jamás quiso aprovecharla. Aun cuando muchas veces le instaron para que usase de sus facultades y preeminencias, él vivió obediente a los superiores, ejerciendo cargos de mando sólo cuando el Capítulo Provincial se lo imponía.

Terminado el priorato y la visita y reforma de Toledo, arreglados los asuntos que le llevaron a la Península, no hubo ruego ni honor que le detuvieran. Regresa a México, después de once años de ausencia, trayendo consigo singulares tesoros: reliquias para los conventos, diecisiete religiosos y setenta cajones de libros para la tercera de las bibliotecas que plantara en este país.

Sin dejarle casi descansar —en 1575— la Provincia le pone al timón por cuarta vez.

La primera providencia que toma es la erección de un seminario para misioneros. Levanta el colegio de San Pedro y San Pablo e instala en él veinte religiosos para que aprendan las lenguas indígenas y la técnica de las misiones. Este es el primer esfuerzo sistemático para la formación especializada del clero, cosa que hoy no se practica siendo tan importante.

No puede olvidar tampoco el aumento de la Provincia. En este trienio de fray Alonso fundáronse nueve conventos más, cabeceras de doctrinas; entre ellos el de Pátzcuaro y el de Zacatecas. Con ello se eleva a veintidós el número de las casas creadas en tiempos del Padre Maestro, en Michoacán.

Ocupado en estas labores, da fin a su último gobierno.

Abandona la casa directora y sabiendo que está próximo el final de su gloriosa carrera, quiere dedicarse, por última

vez, a los trabajos que fueron la esencia de su vida, para los cuales recibió gracias abundantes y especialísimas.

Retírase al amado colegio de San Pedro y San Pablo y empiece el último curso, la postrera lección en la cual quiere transmitir, no sólo su saber y su experiencia, sino la caridad ardiente que un día le hiciera abandonar las esperanzas de brillo mundano, para venir a evangelizar indios en las serranías agrestes de la tierra mexicana.

Abandonada ya la casa directora y establecido en su convento de San Pedro y San Pablo, que levantó y sostuvo de puras limosnas, prepara el ambiente para leer las últimas lecciones.

Coloca la biblioteca que trajo de España e instala “mapas, globos celestes y terrestres, astrolabios, orologios, ballestillas, planisferios, con que quedó la cosa más ilustre y de mayor precio en el reino”.

De su afición por la astronomía nos hablan estos instrumentos y la fama que le atribuye haber escrito, en lengua purépecha, un tratado de la hermosa disciplina.

Apenas hubo rama del saber en la que no hincara su garra este gigante.

Da fin al curso, dictando a los alumnos unos avisos que, conservados en las libretas, debían ser la norma que les guiara con fruto en su actividad misional.

No es posible resistir la tentación de dar a luz estos “avisos”; pero ya que el espacio no permite más, saquemos dos de ellos, que deberían estar grabados en las piedras de todos los centros de estudio, donde hoy se pretende enseñar un estólido concepto “racional y exacto” de la vida y del universo.

“Téngase mucho cuidado —aconseja fray Alonso— que cuando hablaren de ciencia o de cosas de ciencia, no sean fáciles de responder sin primero bien considerallo y si la materia es de cosa grave, no respondan sin lo mirar y estudiar. Porque de otra manera se podrá decir algo no pensado, con que se pierda el crédito, que es la cosa que más se debe conservar, para servir a Dios y aprovechar a los prójimos; y esto, aunque sepan muy bien la materia.

“Cuando dieren parecer o respuesta y haya opiniones en contrario, díganlo, porque referida la opinión en contrario el que pregunta se persuada a que lo que se le dice es lo más acertado y se persuadirá a seguirlo.”

Recomienda siempre la humildad que rehuye las disputas y se aleja de las palabras necias o hinchadas de vanidad.

Ruega encarecidamente a los jóvenes que no abandonen nunca el estudio; que el descanso lo tengan en el ejercicio del ministerio, para el provecho de los naturales y el bien de sus propias ánimas.

Con esto finaliza el curso y recoge su espíritu, preparándolo para el viaje final.

Ha llegado fray Alonso a los ochenta años; próximo está ya el ocaso de este sol.

Un antiguo "dolor de piedra" que hacía mucho tiempo le molestaba, se fue agravando hasta el extremo de causarle agudísimos dolores, cuyo remedio calmante era una invocación a María, la Madre de la Gracia.

Cándido y sencillo como un niño, aceptaba excusas que hubieran hecho sonreír a una criatura. Nos da la prueba de su encantadora ingenuidad el resumen que en esta simplísima confesión hace él mismo de su vida: "Bien sabéis, Señor, que por vuestra gracia y favor después de tomar el hábito, a sabiendas y que yo alcance, no os he ofendido mortalmente."

Terriblemente austero fue en la observancia, como corresponde a un reformador de conventos: la comida poca y pobre; la cama de tabla dura con una mala frazada y sin mantas; el sueño tan breve, que no llegaba a cuatro horas; la penitencia muy severa.

Se hizo célebre el estribillo que tuvo siempre a flor de labio, repitiéndolo sin cesar a los discípulos: *habete rationem temporis*.

Los dolores aumentan en forma espantosa. Se acerca un día el médico al enfermo, le toma el pulso y le dice estas palabras: "Buen ánimo, Padre Maestro, que esta noche cenará Vuestra Reverencia en el cielo." El moribundo responde inflamado por el gozo: "*Et ibi non eit nox*".

A punto ya de partir, uno de los misioneros le pide que recuerde a la Provincia cuando llegue a la eterna gloria. La contestación es inmediata: "Sí haré, en cuidado me la llevo."

Recibe en forma de viático el pan eucarístico y exclama con júbilo inefable: "*Veniat dilectus meus in hortum suum*."

Maravilloso huerto preparado por largos merecimientos: lecturas innumerables buscando un rayo de la divina verdad; en las bibliotecas de Tiripetí, Tacámbaro, San Agustín de Mé-

xico y San Pedro y San Pablo casi no quedó página de libro que no contenga notas marginales de fray Alonso.

Apenas puede creerse que hombre alguno haya podido leer tanto. Si a esto se agregan las cargas del gobierno que soportó durante cinco trienios, las obras de fundación, de cura de almas, de catequesis y de enseñanza, tendremos un cuadro incompleto de las flores cultivadas en este huerto prodigioso.

Desprendido finalmente de las pequenezas mundanas y puestos los ojos en la verdad increada, expiró dulcemente.

Fray Pedro de Oroz, Comisario de las Indias, depositó reverente ósculo en las plantas del maestro, diciendo: "Beso los pies del que sé que era santo, el cual ruega a Nuestro Señor por nosotros."

El Virrey y Arzobispo de México, las autoridades máximas, la Universidad, las religiones y el pueblo todo asisten al entierro del egregio varón.

Era el mes de julio de 1584 cuando descansó de las fatigas, en la capilla mayor del convento de San Agustín de México.

Esta es la vida del padre maestro fray Alonso de la Veracruz, autor de tratados de filosofía y teología, fundador de conventos, creador de una provincia, predicador, misionero y uno de los hombres más sabios que hayan venido a estas latitudes.

Cuando alguna vez se estudien a fondo sus obras, se podrá encontrar cómo la patria vive aún de los restos de la teología de este hombre, cuyo pensamiento fue siempre heraldo de amor en tierras de recelos, de odios, de barbarie.